llegado temblando hasta ese muro, cogollo espeluznante de un albedrío oscuro y superior, resolviéndose en muerte terrorífica o en escalofriante desencanto. Para el primer desenlace, la acción se ha nutrido a sí misma, apoyándose en un diálogo corto, nervioso, de aprovechados hitos y silencios. Para llegar al segundo ha usado primordialmente del lenguaje, y el más o menos continuado coloquio—don Yllán y el Deán—es cauce de la obra y sostén de su interés.

Es en la tercera pieza, *La pata de mono,* donde encontramos un más claro equilibrio entre la palabra y la acción. Por eso es también la más teatral. Expone el sencillo drama—así lo dice el prólogo, personaje presentador—de la familia White, envuelta en un desgraciado sortilegio: pobreza y deseo, desdicha, muerte y terror.

Quien ha visto las *Tres piezas de horror* sabe bien cuál es su interés, su fin y su bondad. Los elementos formales con que deliberadamente ha construído Quiñones sus tres obras—¡qué bien para la soberana libertad de un autor!—quizás no sean los que impone un teatro profesional al uso. Pero éstos son títulos de espíritu, de desinterés ufano y estudioso, de pedagogía sin condiciones.—RAFAEL SOTO VERGÉS.

CACERES DURANTE EL FESTIVAL FOLKLORICO HISPANOAMERICANO

Llegado el cronista a Cáceres, lo primero que hace es someterse al sencillo y clásico rito de tomar asiento a una mesa de la Plaza Mayor, frente a la Torre del Bujaco, monumento romano y visigótico que, en esta hora, recoge la última y roja luz de la tarde. Tras el Bujaco se presiente el Cáceres viejo. Los pájaros que giran piando locamente en el cielo son chovas y golondrinas.

Si a una tormenta en las montañas se la puede considerar hermosa, el cronista ha tenido entonces un hermoso viaje. Mientras atraviesa grises campos de encinas y olivos, el bochorno hunde a los viajeros en el asiento, y el viento, pegajoso, blando, parece agonizar al tocar la desesperada epidermis. El cronista busca ansioso los primeros síntomas del Tajo: el cañaveral creciendo en terreno yermo. Pero sólo ve montones de heno, campos engavillados. Sólo ve la sofocante película amarillenta del verano. El primer trueno rodando majestuoso en la atmósfera seca agobia todavía más el alma y el paisaje. Por fin, a la vista ya del esplendoroso Tajo, descarga el aguacero. Y el amarillo hiriente, la bronca aspereza

serrana, adquieren un aire tierno. Llueve sobre los campesinos solitarios, sobre las gavillas, sobre los polvorientos alcornoques, sobre las verdes parras de las humildes casas. Y el campo exhala su fuerte y sensual pureza fecundada; parece que el velo de vapor vegetal es una oración de gracias. Luego queda el cielo limpio y fresco.

Los soportales de la Plaza Mayor de Cáceres aparecen concurridos. Se distinguen, mezclados con la pana ibérica, ponchos, camisolas de fibra de piñas, chambergos, notas de guitarra y, en pocas palabras, los pintorescos atavíos de los que participarán en el certamen folklórico. El Ayuntamiento, engalanado con bombillas y banderitas; la gente, aguardando los discursos, la presentación de la reina de las fiestas; las golondrinas asaeteando el cielo, las cigüeñas paradas con sus efigies de catavientos en lo alto de las torres árabes, el teñido de las campanas, todo, en fin, otorga carácter a esta ciudad, que se ha venido en llamar, desde el punto de vista folklórico, «Plaza Mayor de la Hispanidad». En efecto, el empeño del Instituto de Cultura Hispánica, en colaboración con los Ayuntamientos de Cáceres y Trujillo, de reunir durante varias noches grupos cantores y danzantes de España, Portugal, Filipinas e Hispanoamérica, cada uno con sus trajes típicos, sus acentos vernáculos —unidos por el común denominador español—, resulta altamente sugestivo para los que aman el lenguaje popular y para los que sienten determinado desconsuelo por no poder en un momento dado hacerse cargo de la inmensa variedad y riqueza del folklore hispanoamericano.

Cáceres está lleno. Tras los discursos se organiza un baile de sociedad, de rigurosa etiqueta, en un hotel elegante, y otro baile de sociedad, asimismo de rigurosa etiqueta, en la Plaza Mayor, con su orquestina barata y las mozas del pueblo. Digo de rigurosa etiqueta con respecto al segundo baile —y esto casi no valdría la pena aclararlo— porque lo esencialmente popular se rige por leyes tan inalterables y concretas como ostentar pechera almidonada y corbata de pajarita, con menoscabo en el segundo caso, claro está, de gracia y espontaneidad. Sin embargo, el cronista no está para bailes de ninguna especie y acaba por trasponer el Arco de la Estrella, construído en 1726 por Churriguera, y penetrar automáticamente en otro mundo, dominado por el sombrío peso de la historia, el siseo misterioso de las lechuzas, el crotorar prolongado y galopante de las cigüeñas. Viejo Cáceres impresionante. No se trata de encontrar aquí o allá ruinas, vestigios, huellas de épocas pasadas dispersas y más o menos municipalizadas. No. El Cáceres antiguo constituye un bloque con plena autonomía y unidad en el orden histórico y plástico. Hasta la piedra presenta un color uniforme dorado y argumoso. Se dan todos los estilos: románico, gótico, visigótico, árabe, de la Recon-

quista, etc. El caminante encuentra callejas estrechas y en cuesta, empedradas y bordeadas de torres y palacios medievales, algunos construídos en la roca viva y en cuyas fachadas a veces crecen... hasta higueras. Arcos moros, ventanas ojivales y un silencio profundo turbado a ratos por el rumor del baile en la plaza. En los escalones de la iglesia de Santa María, aún calientes por el sol, se dejan morir, hieráticos, varios ancianos, arrullados por la distante orquestina y el solemne gravitar de la piedra. El cronista, con la chaqueta al hombro, también cae en los escalones y habla con un viejo, albañil de profesión y enterado de muchas cosas. No pasa un coche, nada urge. Parece que de pronto nos han cosido los entresijos del alma con «cal morena», que es como aquí llaman a la cal hidráulica, igual que al crotorar de las cigüeñas le llaman «mechar el gazpacho». El viejo sabe cosas como privilegios de la corona, empresas de Indias, técnica arquitectónica romano-árabe. Todavía debe de quedarle en la voz un rastro de la antigua dureza extremeña, pues calla a las viejas un segundo después de que ellas hayan osado abrir la boca: «Bueno, a ver quién va hablar aquí.» El cronista no sabe si atribuirlo al vino del país —dorado y turbio, como si se tratara de una cosecha jerezana perdida—, al grato énfasis del viejo, al crotorar cigüeñero ametrallando despacioso la noche o a los vetustos palacios irguiéndose en las sombras, el caso es que experimenta por unos segundos, materialmente, la grandeza nostálgica de las Españas, la agreste fe de sus exploradores, el gredoso poderío de sus monarcas, ese conglomerado entrañable de aventureros, déspotas y místicos enzarzados en descomunales hazañas, en el dominio y catequización de un mundo fabuloso, hoy perdido, y sobre el cual ya sólo se pretende, con cierto sentimentalismo paternal, mantener la ascendencia espiritual y los valores legítimos de una cultura (en la actualidad cualquier chico español está más familiarizado con un *wersten,* con un *saloon,* que con una carabela o un conquistador de Indias, más familiarizado con un Sitting Bull que con un Moctezuma. Esto puede remedirase. Si los norteamericanos han conseguido divulgar su «frontera» o su odisea hasta alcanzar el Pacífico —y todos los chicos del planeta han soñado con ella—, ¿qué no podrían conseguir los españoles con su epopeya del Nuevo Mundo?). El paternalismo, sin duda alguna, comporta una amplia intención política. Todas las cuestiones económicas pueden someterse a discusión, pero el folklore responde a incitaciones más profundas, por lo que tienen de espontáneas. Si en cualquier otra disciplina la insólita variedad puede conducir al caos, la maravilla y encanto del folklore hispano-luso-filipino-americano se nutre precisamente de esa variedad de ritmos, acentos, atavíos, que cantan el paisaje, las pasiones, la ausencia.

Este Festival Folklórico Hispanoamericano, en algunos casos, no ha satisfecho refinadas exigencias alusivas a una suma autenticidad. Las sustituciones instrumentales, el aprofesionalismo o la inexperiencia, la defectuosa instalación microfónica, pueden no importar gran cosa cuando se trata de llevar a cabo una manifestación popular con resonancia fraternizantes y como elemental toma de conciencia con el acervo cantor de los pueblos hispanos; en resumen, esta es la tarea que importa y la que se ha venido consiguiendo todos los años —van cinco— en Cáceres. Pese a ello, y tomándose el cronista la libertad de subjetivar un poco la cuestión, parece ser que el criterio selectivo para la admisión de los grupos folklóricos actuantes queda condicionado en demasía por el factor económico, es decir, por la imposibilidad de importar los mejores, más auténticos, expertos y representativos grupos de cada país. En el caso de España no se dan problemas de este orden —o, al menos, no debieran darse—, ni tampoco en el de Portugal, por la proximidad. Pero en los países de allende el Atlántico deben de ser grandes las dificultades, pues agrupaciones interesantísimas previamente anunciadas no comparecen a la singular cita. Así, el aficionado que espera oír una quena india en un momento dado no oye tal quena, y el que espera oír un charango, un arpa criolla, unos instrumentos de percusión nativos, oye bandurrias y acordeones en manos de voluntariosos jóvenes universitarios que representan al folklore de su país; de acuerdo, pero que no lo representan *con creces*. Con todo lo cual sufren, de una parte, el afán de autenticidad del espectador, y de otra, la licitud e interés de la competición, ya que al final siempre se distribuyen premios y distinciones. De todas maneras, obedezcan o no estas consecuencias a razones económicas, el desequilibrio es evidente y digno de anotarse. Doctores tiene la Iglesia. Vale repetir: lo importante es haber puesto en marcha esa hermosa comunión de la pampa y la meseta castellana o las marismas andaluzas, los Andes y Gredos, el Paraná y el Ebro, la solemnidad faraónica, el rústico brío jotero y la dulzona habanera filipina. Todo eso en Cáceres, tierra de «desperados» gigantes, de encinares pardos, de torres brotadas en pleno roquedal. Lo más serio de nuestra historia y lo más frívolo de todas las sociedades modernas dándose la mano: los ritmos nativos y las pecheras almidonadas, el gitano betunero, «que limpia por un cigarro», y la muchacha argentina vestida de gaucho y bailando el «malambo» con suerte equívoca y seductora.

Por último, no se intente ahora definir lo que es una canción popular. Habría tantas definiciones como estados de ánimo, como matices de luz. No existe aún, ni por aproximación, un lenguaje gramatical idóneo para llegar a la esencia profunda no ya de la canción popular, sino de la música entera. Hasta ahora las palabras aluden solamente

a la morfología exterior de la música, y cuando se habla de timbre, armonía, sonoridad, belleza, no se está hablando más que en un vacuo lenguaje periodístico, probablemente alejado de la anárquica, sentimental e incontrolable subjetividad del oyente. Para que una obra literaria guste es preciso que se den en ella determinados valores, sobre cuya identidad y selección, teniendo en cuenta épocas y escuelas, existe una especie de jerarquía. El gusto musical —no la corrección técnica— todavía se mueve en una esfera de valores sin determinar. Una canción popular puede gustar con tanta pasión y tanto desconocimiento de esta mecánica como gustan las cosas fugitivas y misteriosas y que no comportan un raciocinio. Pero en fin, no se trata de definir nada, sino de apuntar el tema.

De la Norba Caesarina romana, de la Caziris árabe, se quedan grabadas en la imaginación muchas cosas, y en su breve descripción bien puede el cronista permitirse alguna ironía. Entre estas cosas privativas de Cáceres destacan las torres musgosas y chatas, la airosa plaza de cigüeñas, los ritmos desenfrenados e ingenuos de Portugal, el vino de Cañamero, el nefando café con leche de la Plaza Mayor, la proliferación de gitanos limpiabotas, una moral rígida y algo desactualizada en cuanto a diversiones nocturnas y, para terminar, una famosa tradición alfarera de la cual no hay ni rastro.—EDUARDO TIJERAS.